



Universidad
de Navarra

PROGRAMAS
MÁSTER

Instituto de Ciencias para la Familia
Máster Universitario en Matrimonio y Familia

TRABAJO DE FIN DE MASTER

Curso Académico: 2017-2018

LITERATURA Y VIRTUDES: LA ESCRITURA DE DOS CUENTOS INFANTILES SOBRE ORDEN, OBEDIENCIA Y SINCERIDAD

Nombre: Sara Bennaton Bendeck

Dirigido por: D. Ana Zúñiga Lacruz y M.^a Ángeles Sánchez-
Ostiz

LITERATURA Y VIRTUDES: LA ESCRITURA DE DOS CUENTOS INFANTILES SOBRE ORDEN, OBEDIENCIA Y SINCERIDAD

Trabajo Fin de Máster



UNIVERSIDAD DE NAVARRA

FACULTAD DE EDUCACIÓN Y PSICOLOGÍA

MÁSTER EN MATRIMONIO Y FAMILIA

Alumna: Sara Bennaton Bendeck

Tutoras: Ana Zúñiga Lacruz y M.^a Ángeles Sánchez-Ostiz

Pamplona, junio de 2018

ÍNDICE

Resumen y palabras clave	3
Introducción	5
1. Las virtudes	7
1.1. Definición	7
1.2. ¿Por qué educar en virtudes?	9
1.3. Orden, obediencia y sinceridad: trípode de la libertad interior	11
a) Orden	12
b) Obediencia	15
c) Sinceridad	17
2. La literatura infantil de 3 a 6 años	19
2.1. Tipo de literatura recomendada de 3 a 6 años	20
a) Educación a través de la literatura	20
b) Desarrollo lector	21
2.2. Los cuentos tradicionales y su dimensión ética	24
2.3. Ejemplos de virtudes reflejadas en cuentos clásicos	26
a) El orden: “Federico y Catalina”	26
b) La obediencia: “El lobo y los siete cabritillos”	27
c) La sinceridad: “La pastora de los gansos”	27
3. Corpus de cuentos propios	29
3.1. Criterios de elaboración	29
3.2. Orden: “Paula aprende una nueva canción”	31
3.3. Obediencia y sinceridad: “Una noche pegajosa”	36
Conclusiones	43
Bibliografía	45
Anexos	49
1. Cuento de “Federico y Catalina”	49
2. Cuento de “El lobo y los siete cabritillos”	55
3. Cuento de “La pastora de los gansos”	58

Resumen

La educación de los hijos requiere de imaginación, espontaneidad, intencionalidad y, sobre todo, aprovechamiento de las oportunidades del día a día para transformarlas en momentos educativos. Un recurso invaluable con el que contamos los padres de familia para educar y aprender a educar sobre virtudes humanas es el uso de la literatura, principalmente los cuentos. La literatura infantil ha sido utilizada durante siglos como recurso didáctico y este género literario se considera todavía en apogeo. Como padres necesitamos herramientas sencillas, por lo que hemos decidido escribir unos cuentos para aprovechar el tiempo de lectura con nuestros hijos leyendo cuentos educativos sobre virtudes. Se ha comenzado así una pequeña serie en la que se narran las vivencias diarias de personajes infantiles, que específicamente e intencionalmente tratan sobre una virtud. Hemos comenzado con las virtudes que se desarrollan más fácil y naturalmente en los niños durante su primera infancia, esto es, de 0-7 años: *orden*, *sinceridad* y *obediencia*. Nos enfocamos, además, en el tipo de literatura recomendada para niños de 3-6 años: el cuento.

Palabras clave

Literatura, cuento, primera infancia, virtudes, orden, obediencia, sinceridad.

Summary

The education of children requires imagination, spontaneity, intentionality and above all taking advantage of day-to-day opportunities to transform them into educational moments. An invaluable resource we have, as parents, to educate on human virtues, is the use of literature, mainly through stories. Children's literature has been used for centuries as a didactic resource and this literary genre is still considered to be at its height. As parents we need simple tools and we have considered writing some stories to take advantage of the reading time with our children by reading educational stories about virtue. This is how these short stories came about, starting a small series, narrating daily experiences of children's characters, which specifically and intentionally deal with a virtue. In this case, we have started with the virtues that develop more easily and naturally in children during their early childhood, from 0-7 years old: *order*, *sincerity* and *obedience*. We focus on the type of literature recommended for children aged 3-6: the story.

Key words

Literature, story, early childhood, virtues, order, obedience, sincerity.

Introducción

Existen numerosas publicaciones que tratan sobre la importancia de la educación en virtudes de los hijos. Deseamos sumarnos a este esfuerzo con dos relatos que tratan esta importante área de la educación. Queremos, así mismo, tratar de concientizar y empoderar a los padres de familia para tomarnos en serio el rol de educadores primarios de nuestros hijos, específicamente de educadores de virtudes, sin olvidar que contamos con el apoyo de nuestra familia extendida, como los abuelos, tíos y padrinos, así como de instituciones de apoyo para los padres, como el colegio con los educadores, preceptores y catequistas.

El objetivo de este trabajo es presentar a los padres de familia, principalmente, un ejemplo de herramienta sencilla y amena para ayudar en esa educación en virtudes. ¿Quién no recuerda noches o tiempo de lectura a cualquier hora del día con sus padres como momentos de gran tesoro? La literatura es un instrumento valioso a la hora de transmitir valores. Ha sido un método utilizado por siglos y por todas las culturas para la transmisión de tradiciones y enseñanzas: primero con relatos orales; luego con narraciones escritas. En edades pequeñas, específicamente de 3-6 años, cuando todavía los niños no leen por sí solos, necesitan de los adultos en su vida (padres, educadores) para introducirse en el mundo literario.

Actualmente, encontramos disponibles una gama muy amplia de libros dentro del género literario de literatura infantil. Los autores sienten la necesidad de escribir para niños y las editoriales conocen el gran mercado que existe. Según el último informe publicado por el Observatorio del Libro y la Lectura, el libro infantil y juvenil goza de buena salud en España. En 2015 se publicaron 7919 nuevos títulos, lo que representa el 10 por ciento del total del sector, encabezando la lista de ventas (Últimas cifras, 2017). En los Estados Unidos, igualmente, el mercado de libros para niños ha crecido más rápido que el mercado general de libros impresos. De hecho, se ha visto un incremento en ventas del 4 % en el mercado del año 2016 al 2017 (Kantor, 2017).

Investigando sobre la importancia de la educación integral en estas primeras edades, decidí incursionar en la aventura de escribir dos cuentos cortos sobre las virtudes del orden,

sinceridad y obediencia. ¿Por qué estas tres virtudes? Porque sirven de base para las demás y las edades de 0-7 años conforman el período sensitivo para aprenderlas. Esta edad es también el período sensitivo para la educación en la fe: aprender el amor a Dios a través del amor a los padres de forma natural con prácticas de piedad sencillas.

Desarrollando hábitos repetitivos en nuestros hijos, vamos creando la base de las virtudes. Respecto a la adquisición de las tres mencionadas, hacemos énfasis, inicialmente, en las rutinas diarias para tener orden de vida y luego, al tener orden externo, vamos desarrollando el orden interno. El proceso de guardar las cosas en su sitio es un proceso que adquieren con facilidad y como juego. En cuanto a la obediencia, esta se relaciona estrechamente con la autoridad. Para que esta obediencia pueda ejercitarse, la autoridad ha de ejercerse y debe basarse en el cariño de los padres, no en el temor hacia ellos. Por último, en relación con la sinceridad, hay que destacar que los niños pequeños muchas veces no distinguen bien entre la fantasía y lo real. Es una de nuestras labores como padres enseñarles a los niños cuál es su realidad para que vivir en lo falso no se convierta en un hábito. El ejemplo de los padres al vivir la sinceridad es fundamental.

La idea de escribir unos cuentos que educaran en las virtudes citadas surgió al observar a mis propios hijos y a mis alumnos y su interés por aprender a través de este tipo de relatos: se ven reflejados en ellos, les suscitan preguntas y conversaciones y disfrutan leyéndolos juntos y observando las ilustraciones que los llevan a un mundo fantástico. Investigando sobre la literatura infantil, encontré una autora, Emma Walton Hamilton, cuyas palabras me causaron un gran impacto. Hamilton (s. f.) recuerda a los actuales y futuros autores de libros infantiles la gran responsabilidad que tienen entre sus manos: escribir buenos libros para que lleguen a manos de nuestros niños y se interesen más por la lectura. Hamilton nos anima: “¡Tienes que escribir ese libro!”. Si sientes ese susurro en tu oído de escribir esa idea en papel, escribe ese libro... y si tu historia toca *un solo niño, un solo corazón*, es razón suficiente para que exista. Por todo ello, quisiera contribuir con dos pequeñas aportaciones al mercado de la literatura infantil de modo que los padres tengan una opción más para crear memorias con sus hijos a través de la lectura de un cuento y para educar en virtudes.

1. Las virtudes

1.1. Definición

A medida que vamos creciendo, muchos de nosotros quizás escuchamos la palabra “virtud” habitualmente, sobre todo dentro de la familia. Así mismo, quizás leímos sobre ellas sin saber que lo hacíamos. Pero, ¿qué es una virtud? Una definición sencilla y coloquial de la palabra “virtud”, que tal vez escuchamos de nuestros padres, abuelos o educadores, es la de ‘un acto repetitivo bueno’. En su libro, Isaacs (2001, 37) define las virtudes de la siguiente manera: “Siguiendo a Santo Tomás, se pueden considerar como hábitos operativos infundidos por Dios en las potencias del alma para disponerlas a obrar según el dictamen de la razón iluminada por la fe. Tienen por objeto al mismo Dios”. En otras palabras, entendemos las virtudes como hábitos operativos buenos.

Existen varias clasificaciones de virtudes, pero optaremos por la que distingue entre las virtudes teologales, las virtudes cardinales y las virtudes humanas. Las virtudes teologales son tres: fe, esperanza y caridad, que son infundidas en los hombres directamente por Dios. A su vez, todas las virtudes humanas dependen de cuatro virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza, templanza. Se llaman cardinales porque alrededor de estas cuatro giran todas las demás. Las virtudes humanas, a diferencia de las teologales, son adquiridas. Esto quiere decir que mejoran a la persona en lo natural o humano. Las personas pueden esforzarse por crecer, más y mejor, en estas virtudes.

Todas las virtudes están conectadas entre sí; sin embargo, la educación en las virtudes humanas se hace de manera gradual. No podemos pretender educar y aprender todas las virtudes de una sola vez y en un preciso momento, pues existen los denominados períodos sensitivos para la adquisición y desarrollo de las virtudes. Este término, períodos sensitivos, fue usado por Maria Montessori, quien los definió como “sensibilidades especiales que se encuentran en los seres en evolución, es decir, en los estados infantiles, los cuales son pasajeros y se limitan a la adquisición de un carácter determinado. Una vez desarrollado este carácter cesa la sensibilidad correspondiente” (1972, 40). Son los momentos en la vida de los hijos en los que el aprendizaje se realiza de forma natural.

La edad de 0-7 años es el período sensitivo para el desarrollo y adquisición de tres importantísimas virtudes: *orden, obediencia y sinceridad*. Estas tres virtudes formarán una base sólida para luego adquirir otras en futuras etapas de su crecimiento y maduración. De 8-12 años es el período sensitivo para desarrollar las virtudes de fortaleza, perseverancia, laboriosidad, responsabilidad, paciencia, justicia, generosidad. De 13-15 años, se trabajarán más fácilmente las virtudes de pudor, sobriedad, sencillez, sociabilidad, amistad, respeto y patriotismo. Finalmente, de 16-18 años, la prudencia, flexibilidad, comprensión, lealtad, audacia, humildad y optimismo.

Todo ello se resume en el siguiente cuadro, que es imprescindible tener en cuenta como padres y educadores para enfocar nuestros esfuerzos y así facilitar la labor para educar en estas virtudes a nuestros niños y adolescentes.

Edades	Virtudes
0-7 años	Orden, obediencia, sinceridad
8-12 años	Fortaleza, perseverancia, laboriosidad, responsabilidad, paciencia, justicia, generosidad
13-15 años	Pudor, sobriedad, sencillez, sociabilidad, amistad, respeto, patriotismo
16-18 años	Prudencia, flexibilidad, comprensión, lealtad, audacia, humildad, optimismo

Según se anticipaba más arriba, el núcleo de este TFM es la educación en virtudes a través de cuentos, específicamente de las virtudes que se adquieren más fácilmente en la edad de 0-7 años: *orden, obediencia y sinceridad*.

1.2. ¿Por qué educar en virtudes?

Los padres son los principales educadores de sus hijos, especialmente en lo que concierne a la fe y virtudes. Es dentro de la familia donde corresponde la formación de la personalidad y la transmisión de virtudes y valores. Afirma el pedagogo Gerardo Castillo (2009) que en las primeras edades, los niños aprenden por “osmosis”, es decir, a través de lo que ven y oyen en su casa: criterios, costumbres, modales, normas de conducta... Los colegios –y también los catequistas– ayudan en esta tarea, desde luego, pero no puede ser delegada en ellos por los padres, pues es su obligación formar un ambiente familiar lleno de amor: amor a Dios y favorable a la educación integral de los hijos. Esta educación en el ámbito familiar se torna en algo espontáneo y amoroso que permite a los niños introducirse fácilmente en la sociedad civil y en el Pueblo de Dios. Por ello se considera que la familia es la primera escuela de virtudes humanas, dado que cada miembro tiene la oportunidad de ser aceptado tal cual es y de aprender las virtudes desde los primeros años y en un ambiente natural, tal y como nos lo recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica:

“1656. En nuestros días, en un mundo frecuentemente extraño e incluso hostil a la fe, las familias creyentes tienen una importancia primordial en cuanto faros de una fe viva e irradiadora. Por eso el Concilio Vaticano II llama a la familia, con una antigua expresión, *Ecclesia domestica* (LG 11; cf. FC 21). En el seno de la familia, «los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de fomentar la vocación personal de cada uno y, con especial cuidado, la vocación a la vida consagrada» (LG 11).” (VV. AA., 2010, 461).

Dentro de la familia, se deben aprovechar los acontecimientos que pasan en el día a día para desarrollar las virtudes. No tenemos que esperar acontecimientos extraordinarios, sino encontrar en lo pequeño y ordinario la oportunidad de aprender las grandes virtudes.

Por ello, los padres tenemos que ser comprensivos, ya que todos somos diferentes y todos tenemos diferentes tiempos. Cuando hay comprensión, se reconocen los factores que influyen en los sentimientos o en el comportamiento de los niños y se profundiza en el significado de estos comportamientos. Se necesita, por tanto, conocer al niño en todos sus ambientes; por ejemplo, en casa, en el colegio, en el parque o cuando está jugando con

otros niños en entornos distintos. Los padres tenemos que pensar en la intención al educar, y un medio muy importante mediante el que educamos como padres y educadores es con el ejemplo. Muchas veces, los padres pensamos que tenemos que ser el ejemplo perfecto de vida, pero hay que ser realistas: no se trata de ser un ejemplo perfecto en todas las áreas de la vida, sino un ejemplo de padres que luchan para superarse personalmente. Hay que aprovechar lo logrado para seguir mejorando.

El desarrollo de la persona humana en la edad de 0-7 años es muy emocional y sensitivo. Es por esto que podría decirse que la voluntad se inicia por lo sensible, aun antes de que la razón comience a estar presente. Esta educación afectiva requiere la adecuada enseñanza de hábitos buenos. En la primera infancia es importante formar hábitos de orden, obediencia y sinceridad, acompañados siempre de la alegría.

La educación del niño en estas virtudes puede resumirse en la promoción de hábitos que le permitan obrar bien. En la primera infancia podemos hablar de hábitos buenos, que se convertirán en virtudes con el uso de la razón y la libertad, que es lo que padres y educadores deben fomentar. Un hábito bueno no se aprende por arte de magia, sino por repetición de actos buenos relacionados. En estas edades, los hábitos buenos y la repetición se llevan a cabo porque alguien se los exige (en este caso, los padres principalmente y, luego, los educadores). Cuando el niño va creciendo y madurando, la exigencia externa se vuelve autoexigencia. Por lo tanto, hay que enseñarles, motivarles y ayudarles a que adquieran hábitos buenos desde muy pequeños, primero acompañados y eventualmente solos.

En resumen, ¿por qué debemos educar en virtudes? A continuación se exponen las tres razones fundamentales:

1. El desarrollo de las virtudes humanas hace a la persona más justa, generosa, prudente, humilde... (podrían nombrarse todas las virtudes), alcanzando una mayor madurez humana, que va de la mano del desarrollo armónico de las virtudes humanas.

2. Se logra que sean personas con una educación integral, competentes, ciudadanos responsables, amigos leales, miembros activos y colaboradores de una familia y fieles hijos de Dios.

3. Para ser felices es necesario ser virtuoso.

Sería muy pertinente reflexionar, llegados a este punto, ¿cómo está mi familia viviendo la virtud de la alegría? Si en casa falta la alegría, que es esencial para educar en virtudes, como se ha apuntado previamente, estamos ante una clara señal de que no se están cultivando algunas virtudes o que existe un desbalance en alguna área. Habría que analizarlo con el fin de lograr esa alegría tan necesaria para la armonía familiar.

1.3. Orden, obediencia y sinceridad: trípode de la libertad interior

Una pregunta que cabe hacerse es cuál se considera la virtud más importante. Si bien no es posible dar una respuesta concreta, ya que todas las virtudes van entrelazadas y son importantes para la maduración personal, sí se puede afirmar que las virtudes del orden, la sinceridad y la obediencia, que suelen adquirirse entre los 0-7 años, forman una base esencial para el desarrollo de otras virtudes.

Como se ha indicado más arriba, es en la familia donde se permite el desarrollo de la persona tal cual es con su libertad personal. Esta libertad bien entendida conllevará que los niños cumplan su deber con gusto, desarrollando y mejorando estas virtudes a lo largo de su vida.

Para lograr que nuestros hijos lleguen a ser personas libres y tomar sus propias decisiones –buenas– debemos inculcarles el autoconocimiento y la autoconfianza al formar la personalidad. Con ser “libres” se alude a elegir el bien y rechazar el mal, pues al ejercicio de las buenas obras se le llama “virtudes” y lo que queremos es que eviten lo contrario: los vicios. La condición libre del hombre le permite elegir entre varias alternativas: puede actuar o no actuar; puede actuar de un modo o de otro (Castillo, 2009, 30).

El Catecismo de la Iglesia Católica define la libertad de la siguiente manera:

“1731. La libertad es el poder, radicado en la razón y en la voluntad, de obrar o de no obrar, de hacer esto o aquello, de ejecutar así por sí mismo acciones deliberadas. Por el libre arbitrio cada uno dispone de sí mismo. La libertad es en el hombre una fuerza de crecimiento y de maduración en la verdad y la bondad. La libertad alcanza su perfección cuando está ordenada a Dios, nuestra bienaventuranza.” (VV. AA., 2010, 485)

Al entender la libertad, el ser humano descubre las virtudes y los valores y se compromete con ellos. Sus acciones están encaminadas a vivirlos de manera responsable. Es también lo que llamamos madurez y autoexigencia.

a) Orden

Recuperando a Isaacs (2001, 458), encontramos la siguiente definición de la virtud del orden: “Se comporta de acuerdo con unas normas lógicas, necesarias para el logro de algún objetivo deseado o previsto, en la organización de las cosas, en la distribución del tiempo y en la realización de las actividades, con iniciativa propia sin que sea necesario recordárselo”.

La virtud del orden debería estar gobernada por la prudencia. Es el dónde, cómo y cuándo de cualquier actuación. Si se siente el orden en la familia como algo necesario para una convivencia adecuada entre todos, es muy diferente a una simple manía de los padres. Es útil saber que la virtud del orden supone colocar las cosas menos agradables, pero necesarias, en primer lugar, cuanto antes.

Para Maria Montessori (1972), el periodo sensitivo especial para el orden es el que abarca de 0-6 años, con su cúspide a los 2 años: el orden que tenemos en nuestra vida lo gestamos en los dos primeros años de vida. Durante este período sensitivo, el niño está interesado y apasionado por ordenar todo lo que ve. Asimismo, se encuentra en un momento de organización de su estructura mental. De hecho, debemos incidir en que los niños tengan un orden porque es la base de la construcción de la mente matemática. Además, el orden externo contribuirá a conformar el interno, lo que favorecerá la concentración, ayudará a ejecutar los ejercicios, se presentará como punto de referencia y, en definitiva, dará confianza y seguridad, consistencia y rutina.

Así pues, es importante ayudar con la adquisición de esta virtud cuando nuestros hijos son pequeños, ya que si no se desarrolla entonces, es más difícil lograrlo cuando son mayores. Cuando los niños son pequeños, los hábitos de orden van íntimamente relacionados con la virtud de la obediencia. Si bien es cierto que en estas edades no se les debe exigir mucho, sí hay que pedirles lo fundamental. Las normas deben ser claras y hay que recordarles terminar una tarea antes de empezar otra. Asimismo, debemos tener en cuenta cómo pedimos las cosas a los niños: estar delante de ellos, mirarlos a los ojos, incluso ponerse a su nivel y siempre con cariño.

La educación del orden en los niños pequeños depende, en primer lugar, de los padres, ya que el orden comienza con el cumplimiento de horarios y las rutinas en casa. Debe practicarse con constancia, exigencia, perseverancia y paciencia. A veces los padres tendemos a recoger y guardar por ellos, pues resulta más fácil y rápido, pero hay que tratar de evitarlo. Cuando los niños son pequeños, hay que exigir mucho para que cumplan con una serie de actividades relacionadas con la virtud del orden. Al principio, cumplirán por obediencia, aunque irán reconociendo poco a poco el sentido de sus actos. Para los hijos adolescentes, el orden como hábito debería estar regido por su razón y libertad. Por ello, si la batalla del orden está ganada antes de la adolescencia, los padres podrán atender a cuestiones más urgentes para esa edad. No es que el orden deje de ser importante, pero si se sientan las bases desde pequeños, contribuirá a un mejor desarrollo de otras virtudes.

El primer paso en esta virtud es el orden material: debemos enseñar y mostrar a los niños un modelo repetido, pues es lo que requieren (modelos repetidos de los adultos y niños mayores alrededor de ellos para que puedan imitarlos). La organización de las cosas incluye su colocación de acuerdo a unas normas establecidas en casa: guardarlas de tal manera que no se estropeen y colocarlas en lugares donde se puedan encontrar fácilmente. Una vez trabajado el orden exterior se podrá alcanzar el orden interior (Abaitua, 2007).

Algunos aspectos que se deberían cuidar en relación con esta virtud del orden son los siguientes:

– Al principio recoger los juguetes juntos, padres e hijos, a modo de juego y como algo natural, cantando, por ejemplo, alguna canción y enseñándoles dónde van los juguetes, cómo se dejan y por qué los dejamos ordenados. Poco a poco, el niño irá recogiendo solo y los padres ayudarán a veces, hasta que aquel pueda y sepa recoger completamente solo. Utilizar los objetos ordenadamente en la práctica lleva a aprender a utilizar bien su inteligencia, afectividad y su cuerpo de acuerdo a unas reglas.

– Las rutinas ayudan a los chicos a entender que hay un orden para hacer las cosas. Por ejemplo, al llegar del colegio debemos saludar a nuestros padres, colgar las cosas, lavarnos las manos, acercar la silla al comedor para merendar... Otra rutina de orden similar puede ser la de la hora de dormir. Sin duda, ayuda mucho pedir las cosas más o menos a la misma hora, aunque no se puede obviar la necesidad de cierta flexibilidad.

– Es necesario que los niños participen en actividades de orden correspondientes a los padres; por ejemplo, ordenar utensilios de cocina, libros, papeles, etc.

– Enseñar a utilizar objetos ordenadamente, doblar la ropa antes de dormir, dejar el uniforme listo, la mochila en un lugar propio, fotos en un álbum, colgar el abrigo en su sitio cuando llegamos a casa, etc.

– Es muy importante que tengan un encargo en casa y hay que exigirles su cumplimiento. Nunca se debe olvidar usar frases de reconocimiento y agradecimiento cuando terminan de guardar o poner las cosas en su sitio.



b) Obediencia

Isaacs (2001, 458) define la virtud de la obediencia del siguiente modo: “Acepta, asumiendo como decisiones propias, las de quien tiene y ejerce la autoridad, con tal de que no se opongan a la justicia, y realiza con prontitud lo decidido, actuando con empeño para interpretar fielmente la voluntad del que manda”.

El niño pequeño obedece porque reconoce intuitivamente la autoridad de sus padres, quienes le dan seguridad y cariño; eso lleva al niño a cumplir sus deseos, aunque a veces quiera decidir por sí solo para probar su independencia. Obediencia y autoridad están, por tanto, íntimamente relacionadas.

Algunos padres creen que obedecer supone la negación de creatividad, libertad o iniciativa y conceden a sus hijos todo tipo de permisos. De hecho, en la actualidad se ha puesto en duda la misma necesidad de contar con “autoridades”, pero la realidad es que si los hijos no aprenden a reconocer el valor de la obediencia cuando jóvenes, tendrán más dificultades de entender esta virtud después y de adquirirla como hábito.

Por tanto, los padres debemos buscar el desarrollo de la virtud de la obediencia en nuestros hijos en relación con los valores que consideramos importantes en la vida. Para ello se necesita observación, sensibilidad e información clara en el momento oportuno, apoyando luego la orden con cariño y exigiendo perseverantemente en un ambiente de orden.

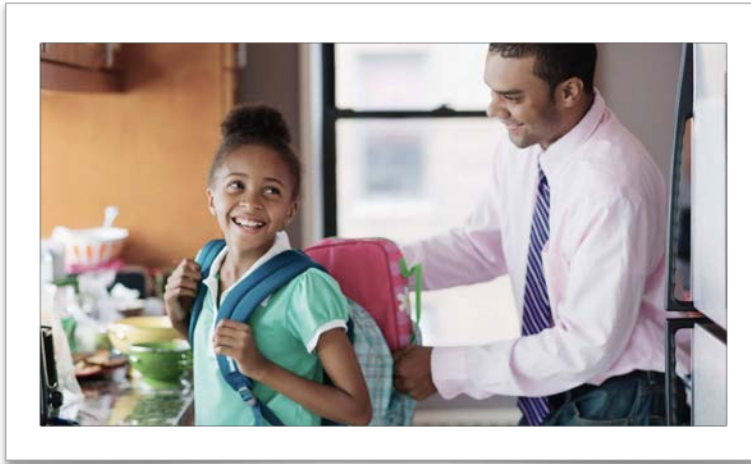
Entre los dos y tres años surge la “edad del no” y muchas veces la obediencia se hace difícil, pero, como padres y educadores, tenemos que mostrarnos firmes y pacientes. Hemos de esforzarnos por exigir el cumplimiento de lo que se manda. Si los padres o educadores hacemos lo que exigimos por rapidez o cualquier otra razón, perdemos autoridad. Tal vez conviene exigir, por ello, en menos cosas, pero siempre manteniéndonos firmes en su cumplimiento. La manera en que decimos las cosas es esencial: exigir con cariño, serenos, perseverantes, amorosos y alegres y, siempre, reiteramos, en un ambiente de orden. La obediencia se facilita si los padres y educadores actuamos ordenadamente, es decir, si siempre exigimos las mismas cosas, los niños sabrán poco a poco qué esperar.

Desde los cuatro años en adelante, se debe combinar la exigencia con el razonamiento, ya que el niño va razonando y haciendo propia la obediencia, correspondiendo, por medio de esta virtud, al cariño y amor de sus padres. De este modo se van dando los primeros pasos para la virtud de la generosidad.

Hacia la adolescencia, parece que vuelve la citada edad del “no”. Algunas causas pueden ser el exceso de insistencia de los padres en cosas secundarias, su nerviosismo, el desorden como modo de vivir habitual o, incluso, el uso abusivo de amenazas y de promesas vanas.

Algunos aspectos que se deberían cuidar en relación con esta virtud de la obediencia son los siguientes:

- Utilizar un lenguaje positivo.
- Indicaciones claras y frases cortas.
- Darles las gracias cuando les pedimos algo.
- Cumplir las promesas que les hacemos y no prometer lo que no se puede cumplir.



c) Sinceridad

Isaacs (2001, 474) define así la virtud de la sinceridad: “Manifiesta, si es conveniente, a la persona idónea y en el momento adecuado, lo que ha hecho, lo que ha visto, lo que piensa, lo que siente, etc., con claridad y respeto a su situación personal o a la de los demás”.

Esta virtud está gobernada por la caridad y la prudencia y presenta como motivo más elevado el reconocerse hijo de Dios, lo que lleva a ajustar lo que decimos o hacemos a la realidad. La sinceridad, por tanto, consiste en decir la verdad, y para eso es preciso saber qué es real y qué es falso.

Cuando son pequeños, los niños pueden confundir la realidad y la fantasía (3-5 años), lo que resulta normal y no debe considerarse mentira, pues ellos de verdad piensan que la fantasía es algo real y así lo expresan. Por eso, en este contexto de fantasía e imaginación, no conviene nunca llamar a los niños mentirosos, pues en realidad no lo son ni desean mentir, ya que a veces lo hacen por una necesidad que sienten; como padres, tenemos que eliminar esas necesidades y fortalecerlos en la verdad, sin dramatizar, en ningún caso, cuando mientan.

Lo que se debe hacer como padres y educadores es motivarlos positivamente para ser sinceros, estimulándolos para que cuenten cosas de su vida. A través de esta comunicación será posible orientarlos y saber si van distinguiendo lo real de lo falso. Hay que ayudarles, por tanto, a distinguir a quién se le debería contar según qué cosas y en qué momento, pues hay niños que hablan demasiado, por lo que se les debe orientar para reconocer las situaciones en que se pueden o no contar algunas cosas, mientras que para aquellos que no hablan mucho, hay que encontrar el contexto en que se sientan a gusto: identificar y aprovechar las situaciones para escucharles y que nos tengan confianza.

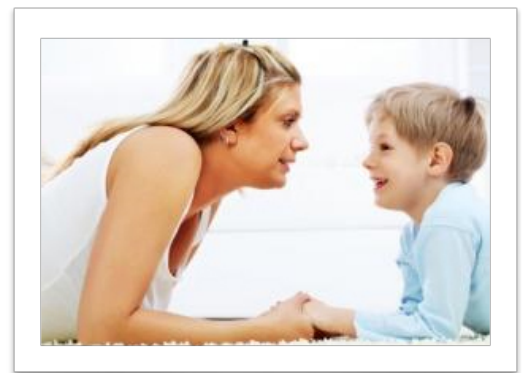
Como padres de adolescentes, sería pertinente razonar con ellos esta virtud de la sinceridad, no solo “aceptar” las conductas pasivamente. Es importante mostrarles los hechos reales y no opiniones, es decir, reconocer que la sinceridad es prioritaria y apreciar

la propia realidad. Con los adolescentes, conviene establecer una vigilancia “de lejos” y por terceros para conocer su ambiente. La manifestación de la falta de sinceridad es la mentira.

Una vez más enfocaremos el ejemplo desde los padres: la mentira es contagiosa y el ejemplo en esto es fundamental. Debido a esto, hablar con nuestros hijos con sencillez, claridad y con sentido de responsabilidad es imprescindible. Hay que hacerles entender que la mentira para defenderse es muy peligrosa y debe verse como un mal hábito. Esto requiere mucha valentía de parte de los padres, desde luego, pero merece la pena, pues solo a través de la observación, la imitación y la exigencia de los padres y educadores el niño adquiere el hábito de decir la verdad.

Algunos aspectos que se deberían cuidar en relación con esta virtud de la obediencia son los siguientes:

- Mostrar afecto con gratitud.
- Reconocer su esfuerzo: decirles siempre palabras de felicitación cuando digan la verdad.
- Averiguar qué les motiva a no decir la verdad para ayudarles y corregirles.
- Procurar un clima afectivo y de seguridad y aceptación en casa.
- No hacer que se sientan muy culpables. Tener mucho cuidado también a la hora de corregirles. Hacerlo cuando no haya nadie delante y sobre todo que no se sientan humillados.
- Responder siempre a sus preguntas, no ocultarles la verdad.
- No presionarles ni humillarles cuando hacen algo mal.
- Como padres y educadores admitir nuestros propios errores y dar ejemplo en reconocerlos y ser sinceros.



2. La literatura infantil de 3 a 6 años

Una de las herramientas con las que se ha contado desde hace muchos años para la transmisión de virtudes y valores de padres a hijos y de educadores a alumnos es la literatura. Los padres de familia ven la lectura como una de las habilidades más importantes para desarrollar en sus hijos. De acuerdo al reporte semestral de Kids & Family Reading Report (2017), tres cuartas partes de los padres con niños de 0 a 5 años (77 %) dicen que comenzaron a leer en voz alta a sus hijos antes de la edad de un año; de ellos, el 40 % afirma que comenzaron cuando su hijo tenía menos de tres meses.

BookScan, proveedor de datos para la industria de publicación de libros en los Estados Unidos, proporciona un dato interesante para el tiempo tecnológico que vivimos (Kantor, 2017): la experiencia táctil de los libros de imágenes (*picture books*) y libros álbum (*board books*), en particular, tiene prioridad sobre la conveniencia de leer en tabletas electrónicas como iPads o Kindles. Este dato es importante para tener en cuenta y poner al alcance de nuestros hijos y alumnos libros resistentes, de colores llamativos, de cartón o plástico, que los niños puedan palpar, manipular ¡y hasta morder! (Seco Villar, 2005). En este apartado hablaremos de por qué el uso de la literatura, específicamente de los cuentos, es importante y puede considerarse una herramienta tan valiosa para educar en virtudes. Enfocamos nuestro estudio en la literatura ideal para niños de 3-6 años.

En muchos libros donde se habla de cómo educar en virtudes, estas se dividen según sus periodos sensitivos y edades (por ejemplo, de 0-7 años y de 7 años en adelante). Sin embargo, a la hora del acceso a la literatura y la lectura sí es importante establecer una división entre las edades de 0-3 años y de 3-6/7 años, ya que hay diferentes maneras de captar lo leído y diferentes métodos literarios para cada grupo de edad. En este caso, centraremos la atención en el período lector de 3-6 años.

2.1. Tipo de literatura recomendada de 3 a 6 años

La literatura infantil es un producto artístico-estético creado por el ser humano. El adjetivo “infantil” señala que esta literatura está destinada, inicialmente, a unos lectores que se encuentran inmersos en el período de la infancia, definido este como ‘período de la vida humana desde el nacimiento hasta la pubertad’ (RAE).

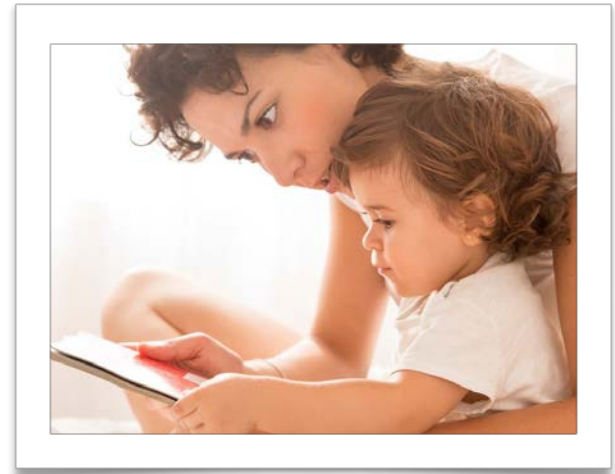
a) Educación a través de la literatura

“Por ello, los autores necesitan comprender, a través de la adquisición de conocimientos psicológicos o, en ocasiones, por simple intuición, el alma y mentalidad de los niños, que hallan por primera vez en este tipo de creación diversas convenciones, normas y criterios lingüísticos, expresivos y artísticos, así como hechos que pueden contribuir a su desarrollo psicológico y emocional. De esta forma, la literatura infantil se convierte en un poderoso instrumento que, además de favorecer los procesos de lectura y escritura, transmite cultura mediante la integración de áreas del saber (música, arte, historia...), enriquece universos conceptuales y forma en valores.” (Zúñiga Lacruz, 2016, 3)

La literatura ofrecida a los niños los integra en la forma fundamental del conocimiento humano, pues hay una relación íntima entre literatura y construcción de la personalidad. Así, una educación literaria temprana tiene múltiples beneficios, entre los que podríamos mencionar los siguientes (Seco Villar, 2005, 31):

- Aprendizaje y desarrollo del lenguaje: usando narrativas, poemas, dramas. Los niños crecen con el juego y el lenguaje.
- Conocer nuevos mundos, dando respuesta a las necesidades básicas de imaginar, que poseen no solo los niños, sino todos los seres humanos de cualquier edad.
- El mundo literario les permite pensar en la realidad y asimilarla. Los libros se convierten en una forma de conocimiento del mundo y de uno mismo. Nos recuerda Colomer (2010, 28) que los pequeños lectores prefieren libros de un mundo conocido, con acciones experimentadas por ellos. El 97 % de historias inventadas por los niños (2.5-3 años) se centran en la casa y la familia con acciones normales de todos los días.

- Las formas de los libros responden a lo que es comprensible y adecuado para el niño en un momento específico de su desarrollo.
- Los niños pequeños, menores de 2 años, son capaces de saber que las imágenes en los libros y las palabras representan el mundo real.
- El niño se inicia en juicios de valor y empieza a conocer lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo, lo seguro y lo peligroso, etc.
- Cuando ya los niños puedan leer, procurar hacer una lectura compartida, ser colectores y felicitarles por sus logros.



b) Desarrollo lector

A partir de los tres años y hasta los seis o siete, el niño empieza a aprender y desarrollar los mecanismos de lectoescritura. Aunque hasta los cuatro años, aproximadamente, todavía no puede ejercer propiamente el razonamiento, a partir de ese momento ya es capaz de realizar algunos juicios.

Esta etapa es ideal para introducir, tanto en la familia como en la escuela, hábitos lectores a través de la narración en voz alta, lo que favorece en el niño su capacidad de atención y expresión. También fomenta su interés por la lectura y lo familiariza con breves secuencias literarias. En esta etapa, el progreso lector de los niños depende de los adultos, principalmente de los padres: hay que sacarle provecho a este tiempo para la formación literaria. Esos cuentos y poemas contados en sus regazos o al borde de la cama permanecerán con ellos para siempre. Así como hablábamos de la importancia del ejemplo

de los padres en el desarrollo de las virtudes humanas, igual el ejemplo de los padres hacia la literatura es importantísima. He aquí algunos consejos para los padres:

- A la hora de leer juntos, hay que procurar encontrarse en una situación afectuosa, relajada y abierta.
- Usar términos literarios para que el niño se familiarice con ellos: título, autor, página, ilustración, etc.
- Conversar sobre la historia y observar los detalles (comentarios afectivos, hacer preguntas...). Los textos literarios esperan una implicación del lector. La comprensión lectora es parte del aprendizaje de los niños y se concibe como un proceso.
- Aprovechar historias de virtudes y valores para la formación moral de la infancia.
- Leer los textos literalmente.
- Por medio de la lectura los niños aprenden a inferir, anticipar y predecir información de la historia que leemos.
- Que los niños nos observen leer libros por placer en nuestro tiempo libre.

El niño accede en esta fase a dos tipos de lecturas que los investigadores han denominado “lecturas ventanas” y “lecturas espejo”. Aquellas (“lecturas ventanas”) son las que buscan un espacio abierto al mundo exterior para imaginar; buscan conocimiento de lo que nos rodea, entretenimiento y, usando la imaginación, la posibilidad de viajar a lugares a los que quizás nunca lleguemos en la vida real. Por su parte, las “lecturas espejo” son aquellas que reflejan la propia imagen del lector. Se trata de entenderse a sí mismos y a las circunstancias que los rodean.

Alrededor de los 3 años se produce la explosión lingüística del niño y se despierta su conciencia fonológica. Por ello es muy recomendable la recitación frecuente de textos poéticos, que tienen un efecto inmediato y positivo en el niño al mostrarle las posibilidades que ofrece la lengua.

La etapa comprendida entre los 4 y los 7 años se caracteriza, fundamentalmente, por el escuchar y el repetir, ya que todavía no se ha adquirido madurez lectora. Es el momento idóneo para cantar y recitar textos que incluyan melodía, ritmo corporal y referencias sensoriales (vista, oído, tacto). La poesía es un instrumento que engloba elementos esenciales en este periodo, como el juego, la música e, incluso, la danza (mímica y acción).

En esta etapa de 3-6 años es adecuado el siguiente tipo de literatura (Zúñiga Lacruz, 2016, 13):

– Historias protagonizadas por personajes que despierten simpatía y afecto y vivan situaciones cotidianas que se desarrollen, en gran medida, de manera predecible (aunque con cabida, en ocasiones, para el factor sorpresa). Desde el punto de vista formal, es aconsejable que estas historias combinen de forma equilibrada y armoniosa la ilustración y el texto, que debe basarse, sobre todo, en juegos del lenguaje. El acercamiento a este tipo de literatura, que ha de plantearse como narración oral –lectura en voz alta–, se realizará en clave lúdica, pues esta etapa vital del niño está marcada por la gran cantidad de momentos dedicados al juego y al desarrollo de la afectividad.

– Textos protagonizados por animales –salvajes o de compañía– que favorecen el elemento lúdico gracias a onomatopeyas, ruidos y movimientos (presentan, por tanto, rasgos teatrales y posibilidades de dramatización). También están presentes en ellos los factores informativo y formativo, al poder presentarse mediante estas historias de animales cuestiones relacionadas con sus rasgos, hábitat o cuidados que requieren, por ejemplo.

– Textos literarios folclóricos (adivinanzas, canciones, rimas, retahílas, poemas o cuentos en verso, entre otras formas), cuya recitación y lectura contribuyen, gracias a la musicalidad, sonoridad de las palabras y juegos del lenguaje, a la configuración del mundo literario del niño, al despertar de su sensibilidad poética y al desarrollo de su inteligencia, ingenio e imaginación.

– Textos presentados en formatos digitales y tecnológicos: los medios audiovisuales atraen mucho la atención del niño, por lo que pueden contribuir de forma decisiva a la motivación de los niños hacia la lectura, ya que son un muy buen instrumento para acceder y compartir

textos, de modo que resulta muy conveniente ponerles en contacto con la tecnología desde estas edades tempranas.

Asimismo, debemos tener en cuenta la capacidad infantil de cada edad para la concentración y memoria. Entre los 3-6 años, los libros son mejor entendidos si aparecen pocos personajes, hay modelos regulares de repetición y el texto no sobrepasa las 2000 palabras (Colomer, 2010).

En estas edades, el uso de libros de imágenes es común y recomendado, ya que al emplear ilustraciones se permite no sobrecargar con texto y decir algo con una imagen. Tradicionalmente, la ilustración y el texto se usaban paralelamente: el texto contaba la historia y la imagen lo ilustraba. En la actualidad, las imágenes forman parte tanto de la historia como del texto. Con las imágenes, por tanto, se facilita el marco de las relaciones de la historia.

2.2. Los cuentos tradicionales y su dimensión ética

Los cuentos tradicionales han sido transmitidos, y se siguen transmitiendo, de generación en generación en todas las culturas. Han sido una manera de guardar y transmitir la cultura compartida: poco a poco pasaron de la oralidad a la escritura –sin este legado oral, muchos de los cuentos populares hubieran sido olvidados– y se convirtieron en un elemento esencial de la literatura infantil.

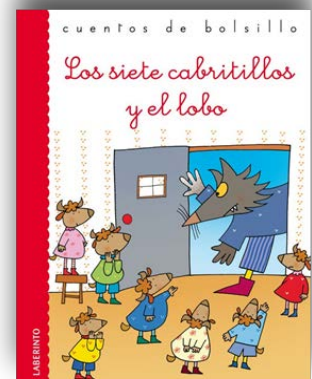
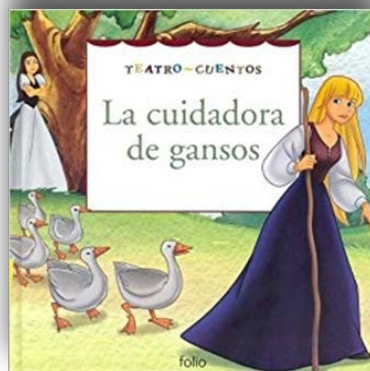
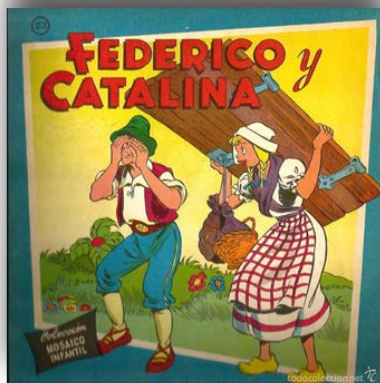
Efectivamente, los cuentos populares son las producciones literarias que más han influido en la formación de la literatura infantil, que no se configura como tal hasta el XVIII, siglo en que la infancia llega a considerarse como una etapa de la vida diferente a la vida adulta, con características específicas. Dentro de estas características específicas se incluyen las necesidades formativas propias de la infancia, por lo que se empiezan a crear libros dirigidos para niños. En la actualidad, la literatura infantil se considera en expansión, pues existe una conciencia social sobre su importancia, especialmente del cuento, en el desarrollo del niño y como transmisor de conocimiento, de virtudes y valores.

El cumplir con una función educativa ha sido desde siempre uno de los principales propósitos de la literatura infantil, cuyos inicios siempre han estado presididos por un afán pedagógico: los libros que se empiezan a escribir son específicamente con temas sobre cómo comportarse, virtudes y valores, etc. Así pues, de acuerdo al escritor francés Perrault, quien dio forma literaria a los cuentos clásicos, estos tienen el propósito de “instruir y entretener” (Colomer, 2010).

Para los niños, la lectura de cuentos y cualquier otro género de literatura infantil (poemas, relatos cortos, leyendas, mitos, etc.) es esencial, pues forma parte de su crecer y personalidad. De hecho, gracias a los cuentos, los niños van aprendiendo a identificar las virtudes aún sin conocerlas y a evitar los vicios, pues los cuentos enseñan que los actos humanos nunca son moralmente neutros, sino que tienen consecuencias.

Esta función moral de los cuentos tradicionales se lleva a cabo a través de tres maneras concretas (Lecaros Monge, 2014, 33-34):

1. En primer lugar, a través de la comprensión de la vida como una tarea, encaminada al logro de la felicidad en la medida en que nos hacemos don para otros.
2. En segundo lugar, el itinerario formativo del héroe (o del protagonista) pasa necesariamente por la adquisición de virtudes. Al final de este viaje, el valor es premiado, el bien triunfa y el mal es castigado.
3. En tercer lugar, la presencia del mal es inevitable, como parte constitutiva de nuestra libertad.



2.3. Ejemplos de virtudes reflejadas en cuentos clásicos

En este apartado analizaremos tres cuentos clásicos de los hermanos Grimm –“Federico y Catalina”, “Los siete cabritillos y el lobo” y “La cuidadora de gansos” (anexos)– desde la perspectiva de las tres virtudes que se analizan en este trabajo: *orden, sinceridad y obediencia*. Para ello, se seguirá un análisis similar a lo propuesto por Lecaros Monge, 2014.

a) El orden: “Federico y Catalina”

	Virtud para analizar: orden
Vicio que evitar:	Desorden
Acciones para crecer en esa virtud:	<ul style="list-style-type: none"> - Catalina debe planear mejor sus acciones. - Escuchar con atención lo que se manda. - Debe tomarse el tiempo para hacer cada tarea bien hecha. No tratar de hacer todo a la vez. - Poner las cosas en su lugar. - Existen momentos adecuados para hacer lo que se nos pide y también hay momentos para relajarnos y descansar.
Preguntas para reflexionar:	<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿Es Catalina ordenada? 2. ¿Cómo podríamos ayudar a Catalina? 3. ¿Qué nos enseña este cuento? 4. ¿Soy yo ordenado? ¿Puedo mejorar en el orden?
Otras virtudes reflejadas en el cuento	<p>Catalina es diligente, obediente, sincera, humilde.</p> <p>Su esposo, Federico, la perdona; es paciente con ella.</p>

b) La obediencia: “El lobo y los siete cabritillos”

	Virtud para analizar: obediencia
Vicio que evitar:	Desobediencia
Acciones para crecer en esa virtud:	<ul style="list-style-type: none"> - Obediencia a nuestros padres. - Nuestros actos tienen consecuencias: al abrir la puerta, entró el lobo y se comió a todos los cabritos, menos uno. - El lobo usó la mentira para engañar a los cabritos; la mentira no lleva a nada bueno.
Preguntas para reflexionar:	<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿Fueron los cabritos obedientes? 2. ¿Cómo entró el lobo a la casa de los cabritos? 3. ¿Qué podríamos haber hecho diferente? 4. ¿Qué nos enseña este cuento? 5. ¿Soy yo obediente?
Otras virtudes reflejadas en el cuento	<p>Los cabritos fueron obedientes.</p> <p>La mamá cabra fue astuta al pensar en usar las piedras.</p>

c) La sinceridad: “La pastora de los gansos”

	Virtud para analizar: Sinceridad
Vicio que evitar:	Mentira
Acciones para crecer en esa virtud:	<ul style="list-style-type: none"> - Decir mentiras no lleva a nada bueno. La doncella mintió y fue descubierta en la mentira y castigada. - La verdad siempre sale a relucir.
Preguntas para reflexionar:	<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿Por qué siempre hay que decir la verdad? 2. ¿Cuál fue la mentira de la doncella? 3. ¿Quién triunfa al final del cuento? 4. ¿Qué nos enseña este cuento? 5. ¿Soy yo sincero?
Otras virtudes reflejadas en el cuento	<p>La princesa es prudente, humilde, cumple su promesa de no hablar.</p> <p>El rey es justo.</p>

3. Corpus de cuentos propios¹

3.1. Criterios de elaboración

Basándonos en lo aprendido en nuestra investigación de las virtudes para desarrollar en las primeras edades, decidimos basar nuestros cuentos en las tres consideradas básicas: *orden, obediencia y sinceridad*. Para elaborar los cuentos, he leído numerosos libros infantiles, tanto clásicos como contemporáneos². Así mismo, he leído libros que tratan específicamente sobre profundizar en la enseñanza de virtudes a los niños (Bennet, 2015; Boudart, 2011; VV. AA., 2010).

Así pues, escribimos un libro para aprender sobre la virtud del orden: “Paula aprende una nueva canción” (con 471 palabras sin contar con la nota para padres y educadores); y otro cuento en donde juntamos las virtudes de sinceridad y obediencia, que casi siempre van de la mano: “Una noche pegajosa” (con 423 palabras). Como fuente de inspiración se recurrió a experiencias diarias que hemos visto en nuestros hijos, comentarios al leer algunas historias, otros cuentos cortos que reflejan la vida diaria y nuestra propia niñez.

Para el desarrollo de nuestros cuentos, tomamos como base las sugerencias del Institute of Children’s Literature (ICL) con sede en Madison, Connecticut, que presenta, en primer lugar, unas guías para la cantidad de palabras correspondientes a cada edad (cuanto menor sea el lector, menor cantidad de palabras).

Los libros de imágenes (*picture books*) serán de menos de 500 palabras y con al menos 12 ilustraciones. Un libro de imágenes largo debería constar de menos de 1000 palabras.

¹ Anticipamos que las ilustraciones de estos cuentos han sido elaboradas por Alessa Bennaton.

² Para elaborar los cuentos, he leído en diferentes soportes numerosos libros infantiles, tanto clásicos como contemporáneos. Véase Astley (2003a y 2003b), Cole (2005), Curtis (s. f.), Free Children’s Audio Story on Honesty (s. f.), Heyboer O’Keefe (2005), Maroney (2005), Morrow (2005), Mundy (2004), Podcast (s. f.), VV. AA. (2000).

Edad	Palabras
0-3 años	10- 50 palabras
3-6 años	100- 800 palabras
6-9 años	400-2300 palabras, dependiendo del lector

También hemos tenido en cuenta algunos ingredientes para cuentos infantiles, principalmente para los citados libros de imágenes (*picture books*), sugeridos por el mencionado ICL:

- Personaje.
- Conflicto.
- Diálogo.
- Resolución o final.

Respecto a los personajes, hay que señalar que su importancia es determinante, pues forman parte del mundo de los niños y permanecen en sus referencias de la realidad. De hecho, se persigue que se produzca una identificación inmediata con ellos a través de las actuaciones. Por ello, los personajes habituales son los que van al colegio, al parque, a la piscina, tienen hermanitos, comen, duermen, etc.

En muchos casos, la vida de estos personajes se convierte en series infantiles, que gustan mucho a los niños por su continuidad y porque les da la oportunidad de enfrentarse a nuevas aventuras.

Para escribir nuestros cuentos, tratamos de crear un personaje con el que los niños se pudieran identificar fácilmente, que vive aventuras y luchas cotidianas para desarrollar los lectores espejos y ventanas. Con estas luchas o conflictos del personaje, se desarrolla la historia, que pretende enseñar a resolver dificultades y a aprender de ellas; en otras

palabras: enseña a trabajar esa virtud particular. Para esta serie, creamos a “Paula”, la protagonista. Niña de aproximadamente 4-5 años que está listísima para aprender y descubrir las virtudes a partir de vivencias diarias, muchas veces incluyendo a su hermanito “Felipe”. El primer ambiente, y el ideal, para aprender esas primeras lecciones sobre virtudes es en casa, y por eso también incluimos a la familia de Paula: a sus padres y hermano, antes mencionado. Las vivencias ocurren en el hogar o llegando a él de lugares frecuentados por los niños, como el parque o el colegio.

Decidimos incluir en cada libro una nota para padres y educadores con la idea de que estos cuentos sean tanto entretenidos como educativos para padres y educadores y para los niños. Es una nota breve sobre la virtud de la cual se va a aprender en ese cuento y cómo ponerla en práctica.

3.2. Orden: “Paula aprende una nueva canción”

Este libro está dedicado a mi querida familia, mi esposo y mis hijos. Gracias por inspirarme cada día. A mis padres, hermanas, sobrinos, ahijados. Gracias por todo el apoyo.

Paula, Felipe y Mamá regresan a casa después del colegio.

“¡Tengo mucha hambre, Mamá!”, dice Paula.

“¡Yo también!”, dice su hermanito Felipe.

“¡Yo también!”, dice Mamá. “Vamos a lavarnos las manos y a jugar un poco mientras hago algo de comer”.

“¡Síííí!”, dicen los niños al unísono. Mamá se va a la cocina.

Paula y Felipe están tan emocionados de volver a casa a jugar con sus juguetes que Paula exclama: “¡Vamos a jugar a los rompecabezas, las muñecas, los bloques, los libros para colorear, los colores, la plastilina, los trenes y los coches!”. Mientras Paula saca los

juguets, se le escucha cantar: “A sacar, a sacar, vamos todos a jugar. A sacar, a sacar, vamos todos a jugar”.

Felipe, por su lado, propone: “No, Paula, ¡juguemos mejor con el telescopio, el micrófono, los peluches, la cocinita de juguete, el juego de memoria y las cartas!”. Mientras Felipe saca los juguetes se le escucha cantar: “A sacar, a sacar, vamos todos a jugar. A sacar, a sacar, vamos todos a jugar”.

Paula y Felipe no saben por dónde comenzar a jugar con todo lo que han sacado...

“Se me han perdido las piezas del rompecabezas y los colores para colorear”, se lamenta Paula.

“A mí se me han perdido las piezas del telescopio y las cartas”, solloza Felipe.

Entonces entra Mamá al cuarto de juegos para avisarles que la comida ya está lista. ¡Y cuál es su sorpresa cuando ve que el cuarto de juegos está dado vuelta!: “¡Uf! ¿Y aquí qué ha pasado?”, pregunta Mamá.

“Que estábamos jugando y se nos han perdido las cosas...”, dice Paula.

Mamá les propone lo siguiente: “Vamos a jugar un juego: el que ponga las cosas en su lugar más rápido, ¡gana!”.

Paula empieza a cantar: “A sacar, a sacar, vamos todos a jugar. A sacar, a sacar, vamos todos a jugar”.

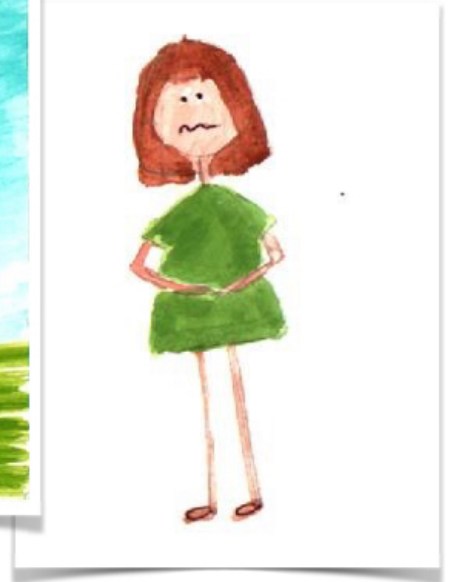
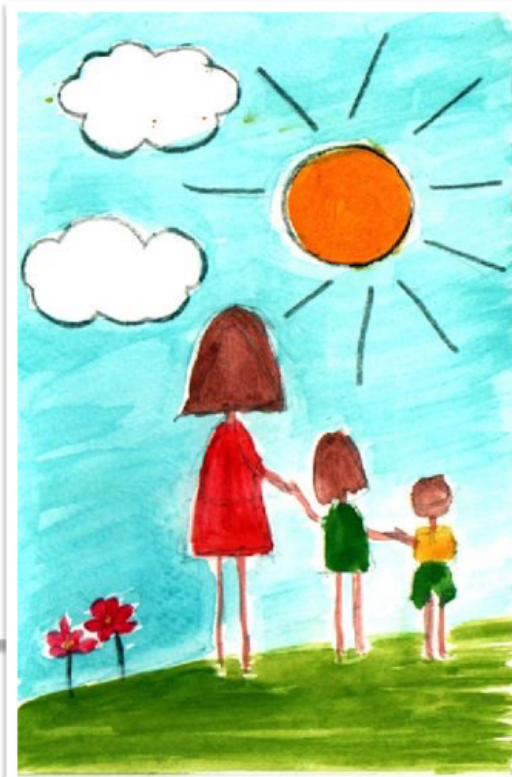
Mamá lo escucha y empieza a cantar: “A guardar, a guardar, vamos todos a ordenar. A guardar, a guardar, vamos todos a ordenar”. Paula se queda pensando y se une a la canción de su madre y luego se une también Felipe. Y así cantan los tres: “A guardar, a guardar, vamos todos a ordenar. A guardar, a guardar, cada cosa en su lugar”.

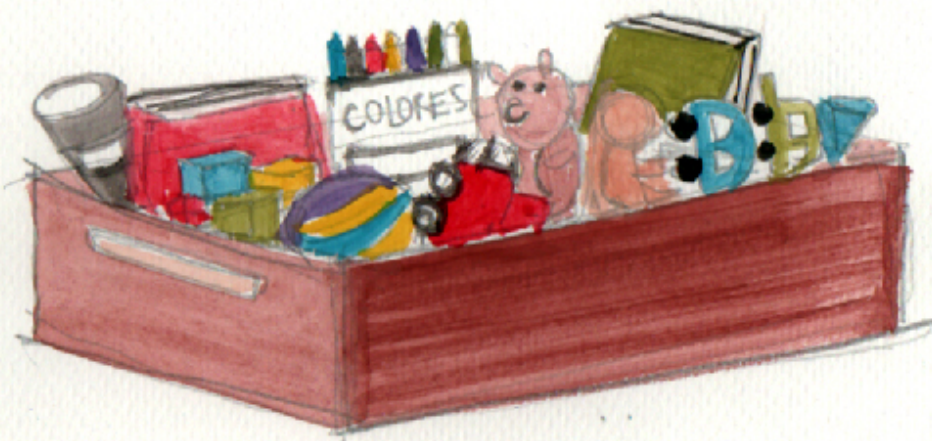
Tras unos minutos ordenando, Paula ha encontrado sus piezas y colores, y Felipe su telescopio y las cartas.

“¡Mira, mamá, hemos ganado todos! Hemos encontrado los juguetes perdidos y ahora todo está en orden”, dice Paula. “La próxima vez que juguemos no saquemos todo, Felipe”.

“Sí, Paula, hemos ganado todos”, se alegra Mamá. “¡Ahora vamos a comer y a celebrar con un rico postre!”.

Ilustraciones:
“Paula aprende una nueva canción”





Nota a los padres y educadores:

La virtud del orden en los niños pequeños comienza con el orden material.

Es importante que cada cosa tenga un lugar y que los niños lo aprendan. Al principio podrá requerir mucho tiempo de los padres, y lo tendremos que repetir muchas veces, pero una vez los niños van entendiendo que después de jugar recogemos los juguetes y los ponemos donde van, ellos lo hacen como algo natural y como juego. A la vez, los niños van creciendo en independencia y se sienten felices de recoger y hacer algo por sí solos.

La virtud del orden para los niños pequeños está íntimamente relacionada con el cumplimiento de horarios y las rutinas diarias en casa. Por ejemplo, un niño pequeño reconoce que la hora de dormir se acerca si tenemos una rutina de orden de cena, baño, leer, rezar y a dormir o alguna rutina similar. A los padres nos corresponde luchar por la constancia y alegría al mantener estas rutinas para el bien de la armonía familiar. No olvidemos nunca las palabras de aliento y reconocimiento: un “¡Bravo, lo hiciste muy bien!” lo necesitamos todos.

– Cuadro para trabajar la virtud del orden

	Virtud para analizar: orden
Vicio que evitar:	Desorden
Acciones para crecer en esa virtud:	- Orden al llegar a casa: saludar, lavarse las manos, guardar las cosas que traemos. - Orden al jugar. - Orden al recoger los juguetes y guardarlos.

Preguntas para reflexionar:	1. ¿Qué pasó con Paula y Felipe? 2. ¿Por qué se les perdieron los juguetes? 3. ¿Cómo encuentran los juguetes perdidos? 4. ¿Qué nueva canción aprende Paula? 5. ¿Qué nos enseña este cuento? 6. ¿Soy yo ordenado?
Otras virtudes reflejadas en el cuento	Fraternidad al jugar y recoger juntos. Paula da el ejemplo de orden a su hermano menor. Humildad para pedir ayuda.

3.3. Obediencia y sinceridad: “Una noche pegajosa”

Este libro está dedicado a mi querida familia, mi esposo y mis hijos. Gracias por inspirarme cada día. A mis padres, hermanas, sobrinos, ahijados. Gracias por todo el apoyo.

La familia de Paula (Papá, Mamá y su hermanito Felipe) está en la mesa del comedor terminando de cenar.

Les anuncia Mamá: “¡Y para postre, tenemos las deliciosas paletas de dulce que nos trajeron los abuelos!”.

“¡Qué bien!”, exclaman Papá, Paula y Felipe.

“Yo quiero de fresa”, dice Paula.

“Yo quiero de uva”, dice Felipe.

“Está bien”, dice Mamá.

“¡Mmmm...! Estas paletas están deliciosas. Además, están rellenas de chicle. ¡Qué buenos los abuelos!”, dice Paula emocionada.

Cuando ya se han terminado su postre, todos ayudan a recoger la mesa y Mamá les dice a los niños: “Bueno, hora de ponerse el pijama, lavarse los dientes y meterse a la cama”.

Paula está disfrutando su chicle e inflando globos y pregunta: “¿Mamá, tengo que tirar el chicle de mi paleta?”.

“Sí, Paula”, contesta Mamá. “Ya has comido el chicle y es hora de tirarlo, lavarse los dientes y meterse a la cama”.

Paula no está muy contenta con deshacerse de su chicle, así que decide ponerse el pijama, lavarse los dientes y poner el chicle a un lado del lavamanos. Luego de lavarse los dientes, Paula les da las buenas noches a sus padres, se va al baño, se vuelve a meter el chicle a la boca y ¡a la cama!

A la mañana siguiente, Paula se despierta con un grave problema.

“¿Qué es esto que tengo en mi pelo?”, se pregunta Paula. Se va enseguida a buscar a Mamá.

“Mamá, ¡mira esto que tengo en todo mi pelo!”.

“¡Ay, Paula! ¿Qué es esto? ¡Parece como que fuera un chicle que se ha pegado en todo tu pelo! ¿Cómo ha llegado este chicle a tu pelo? Vamos a tratar de quitarlo, pero creo que vamos a tener que cortarte el pelo”.

Paula se queda pensando por unos minutos.

“Mamá, tengo algo que decirte. Ayer no tiré el chicle de mi paleta. Me lavé los dientes y después lo volví a meter a mi boca y me dormí con él”, dice Paula, triste y arrepentida.

“Oh, Paula,” dice Mamá. “Así aprendemos todos. ¿Sabes?, a mí también me pasó algo igual cuando yo era pequeña y ¡me tuvieron que cortar el pelo! Paula, vamos a aprender a escuchar y a obedecer. Gracias por decirme la verdad. Te quiero mucho, hija”.

“Gracias, Mamá”, dice Paula abrazando a Mamá. “Voy a aprender a escuchar y obedecer. Te quiero mucho, Mami”.

“Ahora, vamos a cortar ese chicle de tu pelo. Te vamos a hacer un corte de pelo muy bonito”, dice Mamá.

“Sí, Mami”, dice Paula.

Ilustraciones:
“Una noche pegajosa”





Nota a los padres y educadores:

La **virtud de la obediencia** en los niños pequeños es una de las primeras virtudes que los padres debemos enseñar a nuestros hijos, ya que es básica para toda la vida.

Reconociendo la importancia de esta virtud desde que nuestros hijos son pequeños, es más fácil descubrirla naturalmente y así adquirir el hábito. Los niños pequeños, al principio, obedecen porque reconocen la autoridad de sus padres. A medida que van creciendo, es importante combinar exigencia con razón para que así ellos luego obedezcan usando la razón en sus acciones. Los padres debemos siempre ser ejemplo al vivir la obediencia. No olvidemos palabras de gratitud y reconocer sus esfuerzos por vivir esta virtud.

La **virtud de la sinceridad** en los niños pequeños se basa en ajustar lo que decimos a la realidad, por eso es importante que los niños vayan reconociendo lo real y lo falso. El niño va adquiriendo esta virtud a través de la exigencia de sus padres y educadores. También al observar e imitar el ejemplo que les damos. Para esta virtud es muy importante la comunicación con los hijos y que nos cuenten sus cosas. Como padres, debemos mostrarnos cariñosos y mostrarles confianza. ¡Ánimo!

– Cuadro para trabajar la virtud de la obediencia

	Virtud para analizar: obediencia
Vicio que evitar:	Desobediencia
Acciones para crecer en esa virtud:	- Obediencia a nuestros padres. - Nuestros actos tienen consecuencias: al no botar el chicle y meterse a la cama con él, se le pegó en todo el pelo a Paula.

Preguntas para reflexionar:	<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿Fue Paula obediente? 2. ¿Qué pasó al no obedecer y no botar el chicle? 3. ¿Qué podríamos haber hecho diferente? 4. ¿Qué nos enseña este cuento? 5. ¿Soy yo obediente?
Otras virtudes reflejadas en el cuento	<p>Paula al final del cuento fue sincera, se arrepiente y pide perdón.</p> <p>Mamá fue comprensiva y paciente.</p>

– Cuadro para trabajar la virtud de la sinceridad

	Virtud para analizar: sinceridad
Vicio que evitar:	Mentira
Acciones para crecer en esa virtud:	<ul style="list-style-type: none"> - Siempre decir la verdad aunque sepamos que las consecuencias no nos gusten. - Nuestros actos tienen consecuencias
Preguntas para reflexionar:	<ol style="list-style-type: none"> 1. ¿Fue Paula sincera consigo misma al no botar el chicle? 2. ¿Fue Paula sincera al final del cuento? 3. ¿Qué podríamos haber hecho diferente? 4. ¿Qué nos enseña este cuento? 5. ¿Soy yo sincero?
Otras virtudes reflejadas en el cuento	<p>Paula al final del cuento es sincera, se arrepiente y pide perdón.</p> <p>Mamá fue comprensiva y paciente.</p>

Conclusiones

A continuación, de manera esquemática, se presentan las conclusiones básicas que se pueden extraer de este trabajo:

1. El ejemplo de los padres es de extraordinario valor, tanto para la educación en virtudes como para la educación literaria. Requiere trabajo, esfuerzo y tiempo, pero merece la pena. Hay que recordar que los hijos no quieren padres perfectos, sino padres que luchan.
2. Los padres son los principales educadores de sus hijos. No hay nadie sobre la faz de esta tierra que pueda suplirles. El tiempo dedicado a los hijos nunca es tiempo perdido.
3. Las virtudes de orden, sinceridad y obediencia sirven como base para el desarrollo de las demás virtudes. Cuanto más temprano empezamos a introducirlas y desarrollarlas, más temprano se harán parte de ellos.
4. Queremos hijos virtuosos, pues eso los llevará a ser hombres y mujeres felices que tomen sus propias –buenas– decisiones.
5. Una de las herramientas con las que se ha contado desde siglos atrás para la transmisión de virtudes y valores de padres a hijos y de educadores a alumnos es la literatura, específicamente los cuentos.
6. Los cuentos tradicionales han sido transmitidos de generación en generación en todas las culturas. Han sido una manera de guardar y transmitir esa cultura compartida.
7. Los cuentos permiten a los niños pensar en la realidad y asimilarla, de modo que se convierten en una forma de conocimiento del mundo y de uno mismo. Los niños pequeños prefieren cuentos de un mundo conocido con personajes en similares situaciones de vida.
8. La escolaridad obligatoria supone 12 años, aproximadamente, y según se ha estudiado se exponen ante nuestros hijos quizás unas 500 obras literarias en ese período de su vida (Colomer, 2010). Es importante estar pendientes y enterados de las obras expuestas a

nuestros hijos tanto en los colegios como para la lectura en su tiempo libre. Hay que asegurarse, dentro de lo posible, que sean lecturas formativas, sanas y que ayuden a formar la imaginación moral de nuestros hijos.

Bibliografía

- Abaitua, A. (2007), Hábitos y periodos sensitivos de los niños de 4 años: orden, sinceridad y obediencia, en *Escuela de familias: sontushijos.org*. Consultado el 23 de mayo de 2018 en <http://sontushijos.org/articulo/7372-7372.html>
- Astley, N. y Barker, M. (2003a), *Peppa goes swimming*, Nueva York, Scholastic.
- (2003b), *Peppa's Windy Fall Day*, Nueva York, Scholastic.
- Auer, J. (2003), *Cuando no te dejas influir. Cómo ser tú mismo*, Madrid, San Pablo (serie Duendelibros).
- Bennet, W. J. (2015), *El libro de las virtudes para niños*, Barcelona, Rol Press.
- Boudart, J. (2011), *El tesoro de las virtudes: valor, amor, honestidad (veinte relatos para cultivar lo mejor)*, Illinois, Publications International.
- Castillo, G. (2009), *La realización personal en el ámbito familiar*, Pamplona, Eunsa.
- Cole, J. (2005), *I'm a big sister*, Nueva York, Harper Collins Publishers.
- Colomer, T. (2010), *Introducción a la literatura infantil y juvenil actual*, Barcelona, Síntesis.
- Curtis, K. (s. f.), *The King and the Tree / El Rey y el Árbol* [traducción T. Pleitez], Barcelona, Verkami.
- Free Children's Audio Story on Honesty (s. f.), en *Power of Families*. Consultado el 19 de mayo de 2018 en https://poweroffamilies.com/free-childrens-audio-story-honesty/?inf_contact_key=41f45cac0b58e37a8b716f03ceaab51bfc5b934a096556fb95b0775a2b59de43
- Hamilton, E. W. (s. f.), *Why You MUST Write That Children's Book*. Consultado el 20 de mayo de 2018 en <http://emmawaltonhamilton.com/why-you-need-to-write-that-childrens-book/>

- Heyboer O'Keefe, S. (2005), *Cuando eres tú mismo. Guía para niños que se sienten diferentes*, Madrid, San Pablo (serie Duendelibros).
- Kantor, E. (2017), Global Kids Connect 2017: Sales, Stats, and Hot Topics, en *Publishers Weekly*. Consultado el 26 de mayo de 2018 en <https://www.publishersweekly.com/pw/by-topic/childrens/childrens-industry-news/article/75555-global-kids-connect-2017-sales-stats-and-hot-topics.html>
- Kids & Family Reading Report (2017), en *Scholastic*. Consultado el 26 de mayo de 2018 en <http://www.scholastic.com/readingreport/key-findings.htm>
- Podcast (s. f.), en *Institute for Writers*. Consultado el 20 de mayo de 2018 en <https://www.instituteforwriters.com/podcast/>
- Isaacs, D. (2001), *La educación de las virtudes humanas*, Guadalajara, Editorial Minos.
- Lecaros Monge, M. L. (2014), *Los cuentos tradicionales en la educación familiar en virtudes, de 3 a 6 años* [TFM], Pamplona, Universidad de Navarra.
- Maroney, T. (2005), *When I am Feeling*, Melbourne, The Five Mile Press.
- Montessori, M. (1972), *The Secret of Childhood*, New York, Ballantine Books.
- Morrow, C. A. (2003), *Cuando perdono. Cómo sentirse mejor*, Madrid, San Pablo (serie Duendelibros).
- Mundy, M. (2004), *Cuando rezo. Una oración para cada circunstancia*, Madrid, San Pablo (serie Duendelibros).
- Seco Villar, M. L. (2005), “La lectura: una aventura de niños, padres y docentes”, *Redined*, 292, pp. 29-32. Consultado el 20 de abril de 2018 en <http://redined.mecd.gob.es/xmlui/handle/11162/34770>
- Últimas cifras de la literatura infantil y juvenil (2017), en *Cedro*. Consultado el 28 de mayo de 2018 en <http://www.cedro.org/blog/articulo/blog.cedro.org/2017/09/26/cifras-literatura-infantil-juvenil>
- VV. AA. (2000), *Martino ha perdido su muñeco*, Librifer.

VV. AA. (2010), *Catecismo de la Iglesia Católica*, Bilbao, Grafo.

Zúñiga Lacruz, A. (2016), *Literatura y su didáctica [apuntes]*, Pamplona, Universidad de Navarra.

Anexos

1. Cuento de “Federico y Catalina”

Había una vez un hombre llamado Federico y una mujer llamada Catalina, que acababan de contraer matrimonio y empezaban su vida de casados. Un día dijo el marido: “Catalina, me voy al campo; cuando vuelva, me tendrás en la mesa un poco de asado para calmar el hambre y un trago fresco para apagar la sed”. “Márchate tranquilo –respondió la mujer– que cuidaré de todo”.

Al acercarse la hora de comer, descolgó la mujer una salchicha de la chimenea, la echó en una sartén, la cubrió de mantequilla y la puso al fuego. La salchicha comenzó a dorarse y a hacer ¡chup, chup! mientras Catalina, sosteniendo el mango de la sartén, dejaba volar sus pensamientos. De pronto se le ocurrió: “Mientras se acaba de dorar la salchicha, bajaré a la bodega a preparar la bebida”. Dejando, pues, afianzada la sartén, cogió una jarra, bajó a la bodega y abrió la espita de la cerveza; mientras esta fluía a la jarra, ella lo miraba. De repente pensó: “¡Caramba! El perro no está atado; si se le ocurre robar la salchicha de la sartén, me habré lucido”. Y, en un santiamén, se plantó arriba. Pero ya el chucho tenía la salchicha en la boca y se escapaba con ella, arrastrándola por el suelo. Catalina, ni corta ni perezosa, se lanzó en su persecución y estuvo corriendo buen rato tras él por el campo, pero el perro, más ligero que Catalina, sin soltar su presa, pronto estuvo fuera de su alcance. “¡Lo perdido perdido está!”, exclamó Catalina, renunciando a la morcilla; y como se había sofocado y cansado con la carrera, se volvió despacito para refrescarse.

Mientras tanto seguía manando la cerveza del barril, pues la mujer se había olvidado de cerrar la espita, y cuando ya la jarra estuvo llena, el líquido empezó a correr por la bodega hasta que el barril quedó vacío. Catalina vio el desastre desde lo alto de la escalera: “¡Diablos!” exclamó, “¿qué hago yo ahora para que Federico no se dé cuenta?”. Después de reflexionar unos momentos, recordó que de la última feria había quedado en el granero un saco de buena harina de trigo; lo mejor sería bajarla y echarla sobre la cerveza. “Quien ahorra a su tiempo, día viene en que se alegra”, se dijo. Subió al granero, cargó con el saco y lo vació en la bodega, con tan mala suerte que fue a dar precisamente sobre la jarra llena

de cerveza, la cual se volcó, perdiéndose incluso la bebida destinada a Federico: “¡Eso es!”, exclamó Catalina, “donde va el uno, que vaya el otro”. Y esparció la harina por el suelo de la bodega. Cuando hubo terminado, se sintió muy satisfecha de su trabajo y dijo: “¡Qué aseado y limpio queda ahora!”. A mediodía llegó Federico: “Bien, mujercita, ¿qué me has preparado?”. Respondió ella: “¡Ay, Federiquito! Quise freírte una salchicha, pero mientras bajé por cerveza, el perro me la robó de la sartén, y cuando salí detrás de él, la cerveza se vertió y, al querer secar la cerveza con harina, volqué la jarra. Pero no te preocupes, que la bodega está bien seca. Replicó Federico: “¡Catalina, no debiste hacer eso! ¡Dejas que te roben la salchicha, que la cerveza se pierda y aun echas a perder nuestra harina!”. Ella respondió: “¡Tienes razón, Federiquito, pero yo no lo sabía! Debiste avisármelo”.

Pensó el hombre: con una mujer así, habrá que ser más previsor. Tenía ahorrada una bonita suma de ducados; los cambió en oro y dijo a Catalina: “Mira, eso son chapitas amarillas; las meteré en una olla y las enterraré en el establo, bajo el pesebre de las vacas. Guárdate muy bien de tocarlas, pues, de lo contrario, lo vas a pasar mal”. Respondió ella: “No, Federiquito, puedes estar seguro de que no las tocaré”. Mas he aquí que cuando Federico se hubo marchado, se presentaron unos buhoneros que vendían escudillas y cacharros de barro y preguntaron a la joven si necesitaba algunas de sus mercancías. “¡Oh, buena gente!”, dijo Catalina, “no tengo dinero y nada puedo comprar; pero si quisieses cobrar en chapitas amarillas, sí que os compraría algo”. Ellos respondieron: “Chapitas amarillas, ¿por qué no? Deja que las veamos”. Catalina dijo: “Bajad al establo y buscad debajo del pesebre de las vacas; las encontraréis allí; yo no puedo tocarlas”. Los bribones fueron al establo y, removiendo la tierra, encontraron el oro puro. Cargaron con él y pusieron pies en polvorosa, dejando en la casa su carga de cacharros. Catalinita pensó que debía utilizar aquella alfarería nueva para algo, pero, como en la cocina no hacía ninguna falta, rompió el fondo de cada una de las piezas y las colocó todas como adorno en los extremos de las estacas del vallado que rodeaba la casa. Al llegar Federico, sorprendido por aquella nueva ornamentación, dijo: “Catalinita, ¿qué has hecho?”. Dijo ella: “Lo he comprado, Federiquito, con las chapitas amarillas que guardaste bajo el pesebre de las vacas. Yo no fui a buscarlas; tuvieron que bajar los mismos buhoneros”. Federico exclamó:

“¡Dios mío, buena la has hecho, mujer! Si no eran chapitas, sino piezas de oro puro; ¡toda nuestra fortuna! ¿Cómo hiciste semejante disparate?”. Catalina respondió: “Yo no lo sabía, Federiquito. ¿Por qué no me advertiste?”.

Catalina se quedó un rato pensativa y luego dijo: “Oye, Federiquito, recuperaremos el oro; salgamos detrás de los ladrones”. Respondió Federico: “Bueno, lo intentaremos; llévate pan y queso para que tengamos algo para comer en el camino”. Ella dijo: “Sí, Federiquito, lo llevaré”.

Partieron, y, como Federico era más ligero de piernas, Catalina iba rezagada. Mejor, pensó, así cuando regresemos tendré menos que andar. Llegaron a una montaña en la que, a ambos lados del camino, discurrían unas profundas roderas. “¡Hay que ver –dijo Catalina– cómo han desgarrado, roto y hundido esta pobre tierra! ¡Jamás se repondrá de esto!”. Llena de compasión, sacó la mantequilla y se puso a untar las roderas, a derecha e izquierda, para que las ruedas no las oprimiesen tanto. Y, al inclinarse para poner en práctica su caritativa intención, se le cayó uno de los quesos y echó a rodar monte abajo. Dijo Catalina: “Yo no vuelvo a recorrer este camino; soltaré otro que vaya a buscarlo”. Y, cogiendo otro queso, lo soltó en pos del primero. Pero como ninguno de los dos volviese, echó un tercero, pensando: “Tal vez quieran compañía y no les guste subir solos”. Al no reaparecer ninguno de los tres, dijo ella: “¿Qué querrá decir esto? A lo mejor, el tercero se ha extraviado; echaré el cuarto, que lo busque”. Pero el cuarto no se portó mejor que el tercero, y Catalina, irritada, arrojó el quinto y el sexto, que eran los últimos. Se quedó un rato parada, el oído atento, en espera de que volviesen; pero al cabo, impacientándose, exclamó: “Para ir a buscar a la muerte serviríais. ¡Tanto tiempo, para nada! ¿Pensáis que voy a seguir aguardándoos? Me marchó y ya me alcanzaréis, pues corréis más que yo”. Y, prosiguiendo su camino, se encontró luego con Federico, que se había detenido a esperarla, pues tenía hambre. “Dame ya de lo que traes, mujer”. Ella le alargó pan solo. “¿Dónde están la mantequilla y el queso”. Ella exclamó: “¡Ay, Federiquito! Con la mantequilla unté los carriles y los quesos no deberán tardar en volver. Se me escapó uno y solté a los otros en su busca”. Y dijo Federico: “No debiste hacerlo, Catalina”. Ella dijo: “Sí, Federiquito, pero, ¿por qué no me avisaste?”.

Comieron juntos el pan seco y luego Federico dijo: “Catalina, ¿aseguraste la casa antes de salir?”. Ella respondió: “No, Federiquito; como no me lo dijiste...”. Federico le dijo: “Pues vuelve a casa y ciérrala bien antes de seguir adelante; y, además, trae alguna otra cosa para comer; te aguardaré aquí”. Catalina reemprendió el camino de vuelta, pensando: “Federiquito quiere comer alguna otra cosa; por lo visto no le gustan el queso y la mantequilla”. Le traeré unos orejones en un pañuelo, y un jarro de vinagre para beber. Al llegar a su casa cerró con cerrojo la puerta superior y desmontó la inferior y se la cargó a la espalda, creyendo que, llevándose la puerta, quedaría la casa asegurada. Con toda calma, recorrió de nuevo el camino, pensando: “Así, Federiquito podrá descansar más rato”. Cuando llegó adonde él la aguardaba, le dijo: “Toma, Federiquito, aquí tienes la puerta; así podrás guardar la casa mejor”. Él exclamó: “¡Santo Dios! ¡Y qué mujer más inteligente me habéis dado! Quitas la puerta de abajo para que todo el mundo pueda entrar, y cierras con cerrojo la de arriba. Ahora es demasiado tarde para volver, mas ya que has traído la puerta, tú la llevarás”. Catalina dijo: “Llevaré la puerta, Federiquito, pero los orejones y el jarro de vinagre me pesan mucho. ¿Sabes qué? Los colgaré de la puerta, ¡que los lleve ella!”.

Llegaron al bosque y empezaron a buscar a los ladrones, pero no los encontraron. Al fin, como había oscurecido, se subieron a un árbol, dispuestos a pasar allí la noche. Apenas se habían instalado en la copa, llegaron algunos de esos bribones que se dedican a llevarse por la fuerza lo que no quiere seguir de buen grado, y a encontrar las cosas antes de que se hayan perdido. Se sentaron al pie del árbol que servía de refugio a Federico y Catalina, y, encendiendo una hoguera, se dispusieron a repartirse el botín. Federico bajó al suelo por el lado opuesto, recogió piedras y volvió a trepar, para matar a pedradas a los ladrones. Pero las piedras no daban en el blanco, y los ladrones observaron: “Pronto será de día, el viento hace caer las piñas”. Catalinita seguía sosteniendo la puerta en la espalda y, como le pesara más de lo debido, pensando que la culpa era de los orejones, dijo: “Federiquito, tengo que soltar los orejones”. Él respondió: “No, Catalinita, ahora no. Podrían descubrirnos”. Catalina replicó: “¡Ay, Federiquito! No tengo más remedio, pesan demasiado. Él le dijo: “¡Pues suéltalos en nombre del diablo!”. Abajo rodaron los orejones por entre las ramas, y los bribones exclamaron: “¡Los pájaros hacen sus necesidades!”. Al cabo de otro rato, como

la puerta siguiera pesando, dijo Catalinita: “¡Ay, Federiquito! Tengo que verter el vinagre”. Él dijo: “No, Catalina, no lo hagas, podría delatarnos”. Ella replicó: “¡Ay, Federiquito! Es preciso, no puedo con el peso”. Él respondió: “¡Pues títalo, en nombre del diablo!”. Y vertió el vinagre, rociando a los ladrones, los cuales se dijeron: “Ya está goteando el rocío”. Finalmente, pensó Catalinita: “¿No será la puerta lo que pesa tanto?”, y dijo: “Federiquito, tengo que soltar la puerta”. Este exclamó: “¡No, Catalinita, ahora no, podrían descubrirnos!”. Pero ella replicó: “¡Ay, Federiquito!, no tengo más remedio, me pesa demasiado”. Él dijo: “¡No, Catalinita, sostenla firme!”. Pero volvió a decir Catalina: “¡Ay, Federiquito, la suelta!”. Él dijo: “¡Pues suéltala, en nombre del diablo!”. Y allá la echó, con un ruido infernal, y los ladrones exclamaron: “¡El diablo baja por el árbol!”. Y tomaron las de Villadiego, abandonándolo todo. A la mañana siguiente, al descender los dos del árbol, encontraron todo su oro y se lo llevaron a casa.

Cuando volvieron ya a estar aposentados, dijo Federico: “Catalinita, ahora debes ser muy diligente y trabajar de firme”. Ella dijo: “Sí, Federiquito, sí lo haré. Voy al campo a cortar hierba”. Cuando llegó al campo, se dijo: “¿Qué haré primero: cortar, comer o dormir? Empecemos por comer”. Y Catalinita comió, y después le entró el sueño, por lo que, cortando, medio dormida, se rompió todos los vestidos: el delantal, la falda y la camisa, y cuando se despabiló, al cabo de mucho rato, viéndose medio desnuda, se preguntó: “¿Soy yo o no soy yo? ¡Ay, pues no soy yo!” Mientras tanto, había oscurecido; Catalinita se fue al pueblo y, llamando a la ventana de su marido, gritó: “¡Federiquito!”. Él respondió: “¿Qué pasa?”. Catalina preguntó: “¿Está Catalinita en casa?”. A lo que él respondió: “Sí, sí; debe de estar acostada, durmiendo”. Y dijo ella: “Entonces es seguro que estoy en casa”. Y echó a correr.

En despoblado se encontró con unos ladrones que se preparaban para robar. Acercándose a ellos, les dijo: “Yo os ayudaré”. Los bribones pensaron que conocía las oportunidades del lugar y se declararon conformes. Catalina pasaba por delante de las casas gritando: “¡Eh, gente! ¿tenéis algo? ¡Queremos robar!”. Los ladrones dijeron: “¡Buena la hemos hecho!”, mientras pensaban cómo podrían deshacerse de Catalina. Al fin le dijeron: “A la salida del pueblo, el cura tiene un campo de remolachas; ve a recogerlos un montón”.

Catalinita se fue al campo a coger remolachas; pero lo hacía con tanto brío que no se levantaba del suelo. Acertó a pasar un hombre que, deteniéndose a mirarla, pensó que el diablo estaba revolviendo el campo. Corrió, pues, a la casa del cura, y le dijo: “Señor cura, en vuestro campo está el diablo arrancando remolachas”. Este dijo: “¡Dios mío!, tengo una pierna coja, no puedo salir a echarlo!”. Le respondió el hombre: “Yo os ayudaré”. Y lo sostuvo hasta llegar al campo, en el preciso momento en que Catalinita se enderezaba. “¡Es el diablo!”, exclamó el cura, y los dos echaron a correr; y el santo varón tenía tanto miedo que, olvidándose de su pierna coja, dejó atrás al hombre que lo había sostenido.

2. Cuento de “El lobo y los siete cabritillos”

Había una vez una vieja cabra que tenía siete cabritillos. Los quería mucho y, como no quería que les pasase nada malo, siempre insistía cuando se iba a por comida que tuvieran mucho cuidado y no abrieran la puerta a nadie.

–No os fieis de nadie. El lobo es muy astuto y es capaz de disfrazarse para engañaros. Si veis que tiene la voz ronca y la piel negra será él.

–¡Sííí, mamá, tendremos cuidado!

En cuanto la cabra desapareció, apareció el lobo y llamó a la puerta

–¿Quién es?, preguntaron los cabritillos

–Abridme, hijos míos, soy vuestra madre.

Pero los pequeños recordaron el consejo de su madre y no se fiaron.

Tú no eres nuestra madre. Nuestra madre tiene la voz suave y tú la tienes muy ronca.

El lobo se marchó enfadado por haber sido descubierto y fue directo a la tienda, donde se compró un trozo de yeso para suavizar su voz. De nuevo volvió a la casa de los siete cabritillos.

–¿Quién es?, preguntaron los cabritillos

–Soy yo, vuestra madre.

Esta vez su voz sonaba suave, así que los cabritillos no estaban seguros del todo. Entonces, vieron por la ventana que su pata era negra como el tizón y se dieron cuenta de que era el lobo.

–¡Tú no eres nuestra madre, eres el lobo! Nuestra madre tiene las patas blancas.

El lobo volvió a marcharse malhumorado pensando en que esta vez lo conseguiría. Fue al molinero y le pidió que le pintase la patita con harina y, aunque al principio el molinero no se fio de él, le entró miedo y acabó accediendo.

De modo que el lobo volvió a llamar a la puerta.

–¿Quién es?, preguntaron los cabritillos

–Soy yo, vuestra madre.

–Enséñanos la patita para que podamos verla

Al ver los cabritillos que su pata era blanca como la nieve creyeron que de verdad se trataba de su madre y le dejaron pasar. Pero cuando vieron que era el lobo, corrieron despavoridos a esconderse por todos los lugares de la casa. Uno se metió debajo de la cama, otro en el horno, otro en la cocina, otro en el armario, otro en el fregadero y el más pequeño en la caja del reloj.

El lobo fue encontrándolos y comiéndoselos uno por uno, excepto al más pequeño, al que no pudo encontrar.

Estaba tan harto de comer cuando terminó que se fue a tumbar debajo de un árbol y se quedó profundamente dormido.

Entretanto llegó mamá cabra y menudo susto se dio cuando vio que toda la casa estaba revuelta y no había ni rastro de sus hijos. Entonces la más pequeña la llamó desde la caja del reloj, su madre la sacó de su escondrijo y le contó lo ocurrido.

La vieja cabra cogió tijeras, aguja e hilo y fue con el cabritillo en busca del malvado lobo. Cuando lo encontraron cogió las tijeras y le abrió la tripa al animal. De ahí salieron uno por uno sus seis cabritillos vivos.

Todos estaban muy contentos de estar sanos y salvos, pero la madre quiso darle al lobo su merecido y ordenó a los pequeños que fueran a por piedras.

Con astucia, logró la vieja cabra llenar al lobo el estómago de piedras sin que este lo notara.

Cuando se despertó, tenía mucha sed y al acercarse al pozo para beber agua, el peso de las piedras hizo que se cayera dentro y se ahogara. Los cabritillos se acercaron al pozo y

comenzaron a saltar y cantar en corro alrededor de él celebrando que volvían a estar los siete juntos.

3. Cuento de “La pastora de los gansos”

Una reina viuda envía a su hija y a una dama de compañía a una tierra lejana para desposarse. El caballo de la princesa, llamado Falada, es mágico y puede hablar. Antes de partir, la reina le da a su hija un pañuelo con tres gotas de su sangre, que funcionarían como un encantamiento que siempre la protegería.

La princesa y su doncella viajaron durante un tiempo, hasta que la princesa sintió sed, por lo que le pidió a la dama que le buscara un poco de agua. Pero esta simplemente dijo: “Si quiere agua, consígala usted misma, no quiero ser su sierva por más tiempo”. Así que la princesa tuvo que bajar de Falada y buscar agua en un arroyo cercano. Ella se lamentaba en voz baja: “¿Qué será de mí?”. Las gotas de sangre del pañuelo respondieron: “¡Ay, ay, si su madre supiera, su amoroso corazón se rompería en dos”.

Después de un tiempo, la princesa tuvo sed de nuevo. Así que le pidió a su doncella una vez más que le consiguiera un poco de agua. Pero de nuevo la doncella grosera dijo: “No voy a servirle por más tiempo, no importa lo que diga usted o su madre. Si quiere agua, consígala usted misma”. La criada obligó a la princesa a beber del río con sus propias manos. Cuando se inclinó ante el agua, se le cayó el pañuelo de su regazo y se alejó flotando.

La criada se aprovechó de esto y ordenó a la princesa que se intercambiaran de ropa con ella, también de caballos. Ella amenazó con matar a la princesa si no juraba no decir nunca una palabra sobre este cambio de papeles a cualquier ser vivo. Por desgracia, la princesa se vio obligada a jurar ante Dios. La criada, entonces, cabalgó sobre Falada, mientras que la princesa tuvo que montar detrás de la criada en el otro caballo. En el palacio, la criada se hizo pasar por la princesa y a la ahora sierva se le ordenó proteger a los gansos con un niño pequeño llamado Conrad. La falsa novia ordenó que Falada fuera sacrificado, ya que temió que pudiese hablar. La verdadera princesa se enteró de esto y pidió al matarife que clavase la cabeza de Falada justo por encima de la puerta donde ella pasaba con sus gansos todas las mañanas. A la mañana siguiente la pastora de gansos pasó por debajo de la cabeza de Falada y dijo: “Falada, Falada, estás muerto, y toda alegría en mi

vida ha huido”. Y la cabeza de Falada respondió: “Ay, ay, si su madre supiera, su corazón lleno de amor se rompería en dos”.

En el prado de gansos, Conrad observaba a la princesa peinar su hermoso cabello y deseaba arrancar uno o dos de sus cabellos de oro. Pero la chica vio esto y dijo un encantamiento: “Sopla, sopla, vientecito, y toma el sombrero de Conrad y hazlo correr tras él, y que no vuelva hasta que mi pelo peinado esté”. Y el viento se llevó el sombrero, y él no pudo regresar antes de que la chica hubiese acabado su cepillado y trenzado su cabello.

Conrad fue enojado ante el rey y declaró que no iba a guiar a los gansos con esta chica por más tiempo debido a las cosas extrañas que hacía. El rey le dijo que lo hiciera una vez más y esta vez él los seguiría para observarlos. Descubrió todo lo que Conrad le había dicho y esa tarde le pidió a la princesa que le contase su historia. Pero ella se negó a decir nada a causa de su juramento. El rey sugirió que podría contar todo a la estufa de hierro. Ella se mostró de acuerdo, se metió en la cocina y contó su historia mientras que el rey escucha desde fuera.

Al convencerse el rey de que había dicho la verdad, le regaló un vestido y la invitó a comer con el resto de la corte, a un lado del príncipe y la falsa novia. Una vez allí le preguntaron a esta qué castigo impondría al caso de una mujer cruel que fingiese ser la princesa, a lo que ella dijo que la condenaría a ser metida en un barril lleno de clavos y que la haría ser tirada por caballos hasta que muriese. Ese castigo aplicaron a la verdadera impostora.

Después de eso, el príncipe y la princesa se casaron y vivieron felices por muchos, muchos años.

